

CAPITULO VII.

CASTIGASE LA TRAIACION DE

Cholúla: vuelvese á reducir y pacificar la ciudad, y se hacen amigos los de esta nacion con los Tlascaltécas.

Vienen al quartel los dos mil Cholútecas

FUERON llegando con el dia los Indios de carga que se habian pedido, y algunos bastimentos, prevenido uno y otro con engañosa puntualidad. Vinieron despues en tropas deshiladas los Indios armados, que con pretexto de acompañar la marcha traían su contraseña para embestir por la retaguardia, quando llegáse la ocasion: en cuyo número no anduvieron escasos los Caciques; antes dieron otro indicio de su intencion, enviando mas gente que se les pedia. Pero Hernan Cortés los hizo dividir en los patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dandoles á entender que necesitaba de aquella separacion para ir formando los esquadrones á su modo. Puso luego en orden sus soldados, bien instruidos en lo que debian executar; y montando á caballo con los que le habian de seguir en la faccion, hizo llamar á los Caciques para justificar con ellos su determinacion: de los quales vinieron algunos, y otros se excusaron. Dixoles en voz alta, y Doña Marina se lo interpretó con igual vehemencia: „Que

para embestir por la retaguardia.

Cortés ordena su gente.

„ya estaba descubierta su traicion, y resuelto su castigo: de cuyo rigor conocerian cuánto les convenia la paz que trataban de romper alevosamente.”

Publica Cortés la traicion descubierta.

Y apenas empezó á protestarles el daño que recibiesen, quando ellos se retiraron á incorporarse con sus tropas, huyendo en mas que ordinaria diligencia, y rompiendo la guerra con algunas injurias y amenazas, que se dexaron oír desde lejos. Mandó entonces Hernan Cortés que cerrase la infantería con los Indios naturales que tenia divididos en los patios: y aunque fueron hallados con las armas prevenidas para executar su traicion, y trataron de unirse para defenderse, quedaron rotos y deshechos con poca dificultad, escapando solamente con la vida los que pudieron esconderse, ó se arrojaron por las paredes, sirviéndose de su ligereza, y de sus mismas lanzas para saltar de la otra parte.

Huyen los Caciques.

Castigo de los dos mil Cholútecas en el quartel.

Aseguradas las espaldas con el estrago de aquellos enemigos encubiertos, se hizo la seña para que se moviesen los Tlascaltécas: avanzó poco á poco el ejército por la calle principal, dexando en el quartel la guardia que pareció necesaria. Echaronse delante algunos de los Zempoales, que fuesen descubriendo las zanjias, porque no peligrasen los caballos. No estaban descuidados entonces los de Cholúla: que hallándose ya empeñados en la guerra descubierta, convocaron el resto de los Mexicanos, y unidos en una gran

Avanza el ejército.

Entran al socorro los veinte mil Mexicanos.

plaza, donde habia tres ó quatro adoratorios, pusieron en lo alto de sus atrios y torres parte de su gente, y los demás se dividieron en diferentes esquadrones para cerrar con los Españoles. Pero al mismo tiempo que desembocó en la plaza el ejército de Cortés, y se dió de una parte y otra la primera carga, cerró por la retaguardia con los enemigos el trozo de Tlascála, cuyo inopinado accidente los puso en tanto pavor y desconcierto, que ni pudieron huir, ni supieron defenderse; y solo se hallaba mas embarazo que oposicion en algunas tropas descaminadas, que andaban de un peligro en otro con poca ó ninguna eleccion: gente sin consejo, que acometia para escapar, y las mas veces daban el pecho, sin acordarse de las manos. Murieron muchos en este género de combates repetidos; pero el mayor número escapó á los adoratorios, en cuyas gradas y terrados se descubrió una multitud de hombres armados, que ocupaban, mas que guarnecian, las eminencias de aquellos grandes edificios. Encargaronse de su defensa los Mexicanos; pero se hallaban ya tan embarazados y oprimidos, que apenas pudieron revolverse para dar algunas flechas al viento.

Acercóse con su ejército Hernan Cortés al mayor de los adoratorios, y mandó á sus intérpretes, que levantando la voz, ofreciesen buen pasage á los que voluntariamente baxasen á rendirse: cuya diligencia

Doblanse los enemigos.

Los Tlascalcas por la retaguardia.

Terror de los enemigos.

Huyen á los adoratorios.

Ofrece buen pasage Cortés.

se repitió con segundo y tercer requerimiento; y viendo que ninguno se movia, ordenó que se pusiese fuego á los torreones del mismo adoratorio: lo qual asientan que llegó á executarse, y que perecieron muchos al rigor del incendio y la ruina. No parece facil que se pudiese introducir la llama en aquellos altos edificios, sin abrir primero el paso de las gradas; si ya no lo consiguió Hernan Cortés, valiendose de las flechas encendidas con que arrojaban los Indios á larga distancia sus fuegos artificiales. Pero nada bastó para desalojar al enemigo, hasta que se abrevió el asalto por el camino que abrió la artillería; y se observó dignamente, que solo uno de tantos como fueron deshechos en este adoratorio se rindió voluntariamente á la merced de los Españoles. ¡Notable seña de su obstinacion!

Hizose la misma diligencia en los demás adoratorios, y despues se corrió la ciudad, que á breve rato quedó enteramente despoblada, y cesó la guerra por falta de enemigos. Los Tlascalcas se desmandaron con algun exceso en el pillage, y costó su dificultad el recogerlos: hicieron muchos prisioneros: cargaron de ropas y mercaderias de valor; y particularmente se cebaron en los almacenes de la sal, de cuya provision remitieron luego algunas cargas á su ciudad, atendiendo á la necesidad de su patria en el mismo calor de su codicia. Quedaron muertos en las

Ponese fuego al adoratorio mayor.

Correse la ciudad.

Pillage de los Tlascalcas.

Mueren
mas de seis
mil enemi-
gos.

calles, templos y casas fuertes mas de seis mil hombres entre naturales y Mexicanos. Faccion bien ordenada, y conseguida sin alguna pérdida de los nuestros, que en la verdad tuvo mas de castigo que de victoria.

Vuelve
Cortés á su
alojamien-
to.

Retiróse luego Hernan Cortés á su alojamiento con los Españoles y Zempoales: y señalando quartel dentro de la ciudad á los Tlascaltécas, trató de que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros de ambas naciones, cuyo número se componia de la gente mas principal, que se iba reservando como presa de mas estimacion. Llamólos primero á su presencia: y mandando que saliesen tambien de su retiro los sacerdotes, la India que descubrió el trato, y los Embajadores de Motezuma, hizo á todos un breve razonamiento, doliendose de que le hubiesen obligado los vecinos de aquella ciudad á tan severa demostracion; y despues de ponderar el delito, y de asegurar á todos que ya estaba desenojado y satisfecho, mandó pregonar el perdon general de lo pasado, sin excepcion de personas; y pidió con agradable resolucion á los Caciques, que tratasen de que se volviese á poblar su ciudad, recogiendo los fugitivos, y asegurando á los temerosos.

Hace prego-
nar el per-
don.

Aplausos
de los pri-
sioneros.

No acababan ellos de creer su libertad, enseñados al rigor con que solian tratar á sus prisioneros; y besando la tierra en demostracion de su agradeci-

Alabanzas
de los Em-
bajadores.

miento, se ofrecieron con humilde solicitud á la execucion de esta orden. Los Embajadores procuraron disimular su confusion, aplaudiendo el suceso de aquel dia: y Hernan Cortés se congratuló con ellos, dexandose llevar de su disimulacion para mantenerlos en buena fé, y afirmarse con nuevas exterioridades en la política de interesar á Motezuma en el castigo de sus mismos estratagemas. Volvióse á poblar brevemente la ciudad, porque la demostracion de poner en libertad á los Caciques y sacerdotes con tanta prontitud, y lo que ponderaron ellos esta clemencia de los Españoles sobre tan justa provocacion, bastó para que se asegurase la gente que andaba derramada por los lugares del contorno. Restituyeronse luego á sus casas los vecinos con sus familias: abrieronse las tiendas, manifestaronse las mercaderias, y el tumulto se convirtió de una vez en obediencia y seguridad. Accion en que no se conoció tanto la natural facilidad con que se movian aquellos Indios de un extremo á otro, como el gran concepto en que tenian á los Españoles: pues hallaron en la misma justificacion de su castigo toda la razon que hubieron menester para fiarse de su emienda.

Vuelvese
á poblar la
ciudad.

El dia siguiente á la faccion llegó Xicotencál con un ejército de veinte mil hombres, que al primer aviso de los suyos remitió la república de Tlascála para el socorro de los Españoles. Tenian prevenidas

Viene
Xicotencál
con veinte
mil Tlascal-
técas.

sus tropas rezelando el suceso, y en todo se iban experimentando las atenciones de aquella nacion. Hicieron alto fuera de la ciudad, y Hernan Cortés los visitó y regaló con toda estimacion de su fineza; pero los reduxo á que se volviesen, diciendo á Xicotencál y á sus Capitanes: „ Que ya no era necesaria „ su asistencia para la reduccion de Cholúla, y que „ hallandose con resolucion de marchar brevemente „ la vuelta de México, no le convenia despertar la „ resistencia de Motezuma, ó provocarle á que rompiese la guerra, introduciendo en su dominio un „ grueso tan numeroso de Tlascaltécas enemigos descubiertos de los Mexicanos. ” A cuya razon no tuvieron que replicar; antes la conocieron y confesaron con ingenuidad, ofreciendo tener prevenidas sus tropas, y acudir al socorro siempre que lo pidiese la necesidad.

Rehusa Cortés entrar con tanta gente en México.

Hacense amigos los Tlascaltécas con los de Cholúla.

Trató Cortés, primero que se retirasen, de hacer amigas aquellas dos naciones de Tlascála y Cholúla: introduxo la plática, desvió las dificultades; y como tenia ya tan asentada su autoridad con ambas parcialidades, lo consiguió en breves dias, y se celebró acto de confederacion y alianza entre las dos ciudades y sus distritos con asistencia de sus Magistrados, y con las solemnidades y ceremonias de su costumbre: cuerda mediacion, á que le obligaria la conveniencia de abrir el paso á los de Tlascála, para que

pudiesen subministrar con mayor facilidad los socorros de que necesitáse, ó no dexar aquel estorvo en su retirada, si el suceso no respondiese favorablemente á su esperanza.

Asi pasó el castigo de Cholúla, tan ponderado en los libros estrangeros y en alguno de los naturales, que consiguió por este medio el aplauso miserable de verse citado contra su nacion. Ponen esta faccion entre las atrocidades que refieren de los Españoles en las Indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar, ó satirizar la conquista. Quieren dar al impulso de la codicia, y á la sed del oro toda la gloria de lo que obraron nuestras armas, sin acordarse de que abrieron el paso á la Religion, concurriendo en sus operaciones con especial asistencia el brazo de Dios. Lastímanse mucho de los Indios, tratandolos como gente indefensa y sencilla, para que sobresalga lo que padecieron: maligna compasion, hija del odio y de la envidia. No necesita el caso de Cholúla de mas defensa que su misma narracion. En él se conoce la malicia de aquellos bárbaros, cómo se sabian aprovechar de la fuerza y del engaño, y quan justamente fue castigada su alevosía: y de él se puede colegir quan apasionadamente se refieren otros casos de horrible inhumanidad, ponderados con la misma afectacion. No dexamos de conocer que se vieron en algunas partes de las Indias acciones dignas de

Los estrangeros refieren de otra suerte el castigo de Cholúla. Atrocidades que suponen en esta faccion.

Lastímanse de los Indios.

Nunca faltan inconvenientes en la guerra.

Juicios de Dios inexcrutables.

reprehension, obradas con queja de la piedad y de la razon; pero ¿en cuál empresa justa ó santa se dexaron de perdonar algunos inconvenientes? ¿De cuál ejército bien disciplinado se pudieron desterrar enteramente los abusos y desórdenes, que llama el mundo licencias militares? ¿Y qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto principal de la conquista? No pueden negar los émulos de la nacion Española, que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos la conversion de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo á su Criador. Querer que no fuese del agrado de Dios, y de su altísima ordenacion la conquista de las Indias, por este ó aquel delito de los Conquistadores, es equivocar la substancia con los accidentes: que hasta en la obra inefable de nuestra Redencion se presupuso como necesaria para la salud universal la malicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudaron á labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad. Puedense conocer los fines de Dios en algunas disposiciones, que trahen consigo las señales de su providencia; pero la proporcion, ó congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado á su eterna sabiduría, y tan escondido á la prudencia humana, que se deben oír con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del entendimien-

to, siendo en la verdad atrevimientos de la ignorancia.

CAPITULO VIII.

PARTEN LOS ESPAÑOLES DE Cholúla: ofreceseles nueva dificultad en la montaña de Chalco; y Motezuma procura detenerlos por medio de sus nigrománticos.

II Base acercando el plazo de la jornada, y algunos Zempoales de los que militaban en el ejército (temiesen el empeño de pasar á la corte de Motezuma, ó pudiese mas que su reputacion el amor de la patria) pidieron licencia para retirarse á sus casas. Concedióse la Cortés sin dificultad, agradeciendoles mucho lo bien que le habian asistido; y con esta ocasion envió algunas alhajas de presente al Cacique de Zempoala, encargandole de nuevo los Españoles que dexó en su distrito sobre la fé de su amistad y confederacion.

Retiranse con licencia algunos Zempoales.

Escribió tambien á Juan de Escalante, ordenandole con particular instancia, que procuráse remitirle alguna cantidad de harina para las hostias, y vino para las Misas, cuya provision se iba estrechando, y cuya falta sería de gran desconsuelo suyo y de toda su gente. Dióle noticia por menor de los progresos de su jornada, para que estuviese de buen ánimo, y

Pide á Escalante harina para las hostias.